

CAPÍTULO 3

DE MERCEDITAS A MERCEDES

-No vendría mal bordar un manto nuevo para la fiesta de este año, todavía tenemos tiempo.

-No creas, lleva mucho trabajo y no somos tantas. Podríamos decírselo a Bernarda, tiene buenas manos y no sería el primero que haría.

Se refería a Bernarda la que trabajó siempre con los señores de El Vado. Era la doncella de confianza pero no la única. Ya estaba en la casa cuando nació el joven señor, el señorito, como ella lo llamaba.

El Vado es una hermosa finca cercana a Villamediana del Castillo, atravesada por el río y con un precioso monte de encinas que, en época de montanera, se llena de cerdos ibéricos para acabar en los más succulentos embutidos. De los pastos se aprovecha también una ganadería de reses bravas.

La finca tiene algunas casas dispersas según los servicios prestados por sus moradores; la del pastor, la del vaquero, y un núcleo formado por la gran casa de los dueños, que pasaban los veranos en ella, además de la del encargado y una capilla. Del cuidado de la capilla se encargaba Bernarda. Esto incluía la limpieza y el preparar los picatostes y el chocolate para don Primitivo, el párroco del pueblo que, cada domingo, venía en bicicleta a decir misa y, antes de regresar, lo invitaban a desayunar.

Bernarda había bordado más de un manto para la capilla y era una buena adquisición para estos menesteres. Si lo hacían bajo su dirección no derrocharían ni un centímetro de tela ni de hilo, pues si algo había aprendido con estos pudientes señores era a rentabilizar el dinero.

Las elegantes meriendas que con frecuencia los señores daban a sus amistades, Bernarda las conseguía gracias a sus habilidades culinarias y con un reducido presupuesto. “No se puede despilfarrar”, solía decir la señora.

Para la cuestión del manto, sin duda había que ponerse al habla con Bernarda.

Doña Gertrudis, Adela y alguna más de los miembros más prominentes de la AAC se fueron a la finca para hablar con Bernarda y plantearle la necesidad de confeccionar el manto de la Virgen del Olvido.

A Trini le llamó la atención su pulcra batita de listas azules y blancas y su delantal a juego, así como el coqueto recogido de su blanco y ondulado pelo. La Bernarda siempre fue muy lustrosa, -pensó para sus adentros Trini- no me extrañaría que de joven hubiera tenido algún amorío. Pero, en voz alta no dijo nada. Sin embargo, los años no habían pasado en balde para Bernarda. Cuando las señoras de la AAC se sentaron frente a ella en su cocinilla, se dieron cuenta de lo apagado de sus ojos, de los cientos de arrugas que le recorrían el rostro y del temblor suave que agitaba sus manos, al tenderles una taza de chocolate.

Aún así, doña Gertrudis, de manera directa, le planteó el asunto. Bernarda, se quedó un momento callada, como sopesando la cuestión y finalmente dijo:

- Mirad, hijas. Es verdad que yo he hecho muchos mantos y paños de altar para la capilla. Mis manos eran de las mejores de la comarca. Desde luego, en el pueblo no había otra que lo hiciera como yo y esto lo digo sin ninguna modestia, porque es la pura verdad. Pero, no es por el temblor de las manos, que con eso aún me manejo. El problema es la vista. Hace un par de semanas que la señora me llevó a un médico muy bueno y famoso, para que me mirara los ojos, porque se dio cuenta de que hay cosas que ya no puedo ver. El señor aquél, después de mirarme con un ciento de aparatos y de dejarme más ciega de lo que estoy, enchufándome luces de todos los colores que eran peores que cuando miras al sol por derecho, dijo que tenía cataratas, muy avanzadas y que ya era hora de operarme. Así que entre él y la señora decidieron todo y estoy a la espera de que me llamen para hacerlo. No sé cuándo sea eso, pero en estas condiciones, de ninguna manera me puedo comprometer a bordar nada, ni siquiera a prender un botón. Cuando me operen, que aquel hombre, y también la señora, decía que vería como a los quince años y sin gafas ni nada, tampoco tengo la seguridad de que pueda bordar. Porque esta gente sabe mucho, pero cada cuerpo es cada cuerpo y mi abuela se quedó ciega la pobre, aunque entonces no había los adelantos de ahora. Pero de coser, ni de bordar, no estoy yo muy fiada, mientras no tropiece con los muebles, ya me doy por contenta. Porque ahora, me doy cada empentón que tengo medio cuerpo morado.

Al decir eso se levantó las faldas y, por encima de las medias de lana cortas y gruesas, asomó un arranque de muslo blanco, terso y aún firme, pero lleno de cardenales.

Las señoras de la AAC se miraban unas a otras desoladas, pero le dijeron a Bernarda que seguro que podría bordar muchos mantos aún, aunque no lo hiciera con éste, ya que la cosa corría prisa. Dejaron sus saludos para la señora y el agradecimiento

por el chocolate flotando en el aire, junto con su decepción y su preocupación, y se volvieron al pueblo.

El grupo, nada más entrar en la calle principal del pueblo, se encontró con Juan. Juan siempre había guardado un cierto atractivo, pero nunca había sido una persona que estuviera en boca de la gente. Pasaba desapercibido en Villamediana del Castillo, era más bien callado y nunca se le conoció ningún escarceo amoroso con ninguna muchacha del pueblo.

Lo único por lo que llamaba la atención era por su forma de vestir. Parecía que se había quedado en los años 70. Vestía pantalones acampanados, jerseys de cuello vuelto ajustados en invierno y camisas, también algo ajustadas, en verano. A pesar de sus casi cincuenta años y de tener el pelo canoso, aún se peinaba con melena y raya al medio.

En las fiestas del pueblo, cuándo todos aprovechaban para lucir sus mejores galas como muestra de devoción a la Virgen, a la que bajaban en procesión solemne desde su ermita en el castillo, Juan asistía a la misa, como casi todos los hombres menores de setenta años, que sólo en esa ocasión o para los funerales pisaban la iglesia. Ni siquiera para las bodas hacían otra cosa que esperar a la puerta a que salieran los novios. Tampoco Juan participaba en la procesión, pero nunca faltaba al aperitivo de cerveza y pincho que se hacía en la plaza del pueblo, mientras tocaba la orquesta. Iba siempre acompañado de cuatro amigos, a los que, a veces, se sumaba su cuñado Paco.

Juan llevaba una vida tranquila. Temprano, por las mañanas, iba a trabajar en la fábrica de metales que había en el pueblo de al lado y cuando volvía por la tarde, iba a su casa y, antes de cenar, se tomaba una cerveza en el bar del pueblo.

Un verano, Juan empezó a acudir a la terraza del pueblo con Merceditas, una chica unos 15 años más joven que él, e Inés, la hija de Merceditas. Al principio este hecho pasó desapercibido en el pueblo. Probablemente no se aventuraron en conjeturas porque les parecía imposible que un hombre, al que jamás se le había conocido novia, comenzara una relación a su edad, y mucho menos con una mujer tan joven y con una niña.

Pero, las cosas cambiaron. Juan, que nunca había sido objeto de habladurías en el pueblo, se convirtió en el protagonista de varios cotilleos, cuando se supo que Merceditas había comenzado a quedarse a dormir en su casa.

El pueblo veía en Merceditas a una cazafortunas, por supuesto mal informada, porque Juan no tenía más propiedades que su casa. Sin embargo, la relación entre Juan y Merceditas fue afianzándose y en pocos meses ella se mudó al pueblo.

Nadie sabía nada de Merceditas. Tampoco tenían mayor interés en conocerla. Pero, ella sabía que tenía que hacerse un hueco en el que ya era su nuevo hogar. Juan le sugirió que fuera a la Asociación de Amas de Casa. Su hermana, la mujer de Paco, estaba apuntada y, alguna vez, le había comentado las actividades que allí se organizaban; salidas culturales, organización de festejos e incluso buscarle un trabajo a alguien que lo necesitara.

Raquel, la mujer de Paco, se ofreció a introducirla y allá que se fueron las dos una tarde. La acogida fue más bien fría. Merceditas no se lo tomó a mal porque por una parte lo esperaba y por otra se dio cuenta de que aquellas señoras estaban bastante apuradas. Tenían un orden del día más que apretado; además de las tareas normales, estaban a un mes escaso de las fiestas del pueblo y la Virgen aún no tenía manto. El presupuesto era más bien apretado, porque ya habían hecho frente a muchos gastos como pagar la alfombra para el pasillo de la iglesia, una bicicleta nueva para Don Primitivo, el cura, y la restauración del trono de la Virgen al que le había entrado carcoma. El manto de la Virgen se había quedado para el final y ya casi no había dinero en la caja. Además, Berta no estaba en condiciones de hacerlo y en ella fiaban para que hubiera salido barato.

Merceditas, al ver el amasijo de facturas sobre la mesa y escuchar todo el relato de las dificultades con que se enfrentaban, aunque hasta ese momento había estado muy callada, dijo:

-Ustedes perdonen, ya sé que soy nueva aquí y no me conocen. Pero he trabajado como sastra durante 18 años, hasta que se murió mi jefe, y además soy bordadora. Aunque ahora estoy viviendo con Juan, soy viuda y tengo una niña y no quiero vivir a costa de nadie. Si ustedes me dan las indicaciones, yo puedo hacer el manto en el tiempo que queda.

Al principio, la escucharon como quien oye llover, pero ella insistió en voz casi chillona:

- Yo puedo hacer el manto en tres semanas.

Entonces sí que se hizo el silencio y todas las cabezas giraron hacia ella. Ella volvió a contar su currículum profesional y añadió:

- Estoy buscando trabajo, mientras me sale algo, me puedo dedicar a hacer el manto. Necesitaré que me ayuden a cortar y a montar algunas cosas. Lo hago sin cobrar, para coger soltura, y cuando la gente vea el manto y sepa que lo he hecho yo, pues esa será mi paga; la propaganda. Eso lo puedo hacer, como les digo, en tres semanas, a poco que me echen una mano.

Doña Edelmira y Doña Gertrudis, que siempre llevaban la voz cantante, le dijeron que de acuerdo y que ellas colaborarían en lo que hiciera falta.

Cuando se despidieron aquella tarde, después de acordar los pasos que debían dar, todas se despidieron de Merceditas con un ¡Adiós Mercedes, hasta mañana!

Aquel fue el año en que Juan, por primera vez, fue a la procesión.